

**Pedro Pablo Villasante, secretario general de la Asociación Española de Banca (AEB)**

## Hemos capeado el temporal

**E**mpezamos el año 2010 con la esperanza de que lo peor de la crisis económica haya quedado atrás. No obstante, todos sabemos que seguimos en un entorno económico difícil y que tenemos que continuar esforzándonos para superar con éxito la presente adversidad.

Existe en la actualidad gran consenso acerca de que, a nivel internacional, la situación de mayor dificultad ya se ha superado, tanto en las finanzas y mercados como en la economía, aunque todavía persiste una gran fragilidad e incertidumbre en cuanto al grado de sostenibilidad e intensidad de la

recuperación. Existen asimismo dudas en cuanto a qué parte de esta recuperación obedece a los importantísimos programas de estímulos públicos, tanto económicos como monetarios, llevados a cabo por los diferentes países y, sobre todo, qué ocurrirá cuando éstos desaparezcan.

Las autoridades económicas internacionales empiezan además a estar muy preocupadas por los efectos negativos que sobre el crecimiento de la economías pueden tener los abultados déficits fiscales registrados y los elevados endeudamientos públicos alcanzados, consecuencia principalmente de los planes de estímulos y de las caídas experimentadas en la recaudación y en el

*(Continúa en página 46)*



*(Viene de página 45)*

incremento de los gastos sociales por el crecimiento del desempleo.

No obstante, las perspectivas del entorno económico internacional apuntan hacia una recuperación gradual, con un crecimiento moderado, de la actividad, especialmente en las economías más avanzadas y en la que España participará, probablemente, con cierto retraso. Los expertos económicos señalan que, para aprovechar al máximo la recuperación de nuestra economía y ampliar así el potencial de su crecimiento y la creación de empleo, las políticas de impulso puestas en marcha por nuestras autoridades deben complementarse con reformas estructurales que permitan ganar competitividad.

Pasados dos años y medio del inicio de la crisis, el sistema bancario español ha podido capear el temporal sin necesidad de ser rescatado, como ha ocurrido en los países

de nuestro entorno, por el Gobierno mediante elevadísimas ayudas públicas que han incrementado dramáticamente sus déficits fiscales.

La recesión económica en España ha supuesto una intensa contracción de la demanda privada (tanto del consumo como de la inversión) y una fortísima destrucción de empleo, que se han traducido en un notable deterioro de las cuentas públicas. Todo ello no sólo ha implicado una contracción del crédito sino también un empeoramiento de su calidad, con mayores incrementos de la morosidad en las entidades de crédito y aumentos en la necesidad de su saneamiento.

Nos encontramos pues en un momento clave ya que, además de ocuparnos de cómo mitigar los efectos inmediatos de la crisis económica en la actividad crediticia y en las entidades de crédito, debemos adoptar las medidas necesarias que nos permitan salir reforzados de la misma, es decir, salir con capacidad suficiente para poder competir con exi-

to una vez superada la crisis.

Es muy importante para cualquier economía contar con un sistema bancario solvente, rentable y eficiente ya que sin un sistema bancario sano, se tardará más en salir de la crisis económica. No hay peor sistema financiero para la economía, el empleo y el país, que uno ineficiente, no competitivo, sostenido por subvenciones públicas y, en definitiva, incapaz de contribuir a la generación de riqueza.

No podemos desaprovechar la oportunidad de gestionar bien la resolución de esta crisis, tanto en el ámbito económico como en el financiero. El éxito y fortalecimiento de nuestra economía y de nuestro sistema financiero pasa necesariamente por tomar y aplicar las medidas necesarias que nos permitan ser más competitivos. Además de costoso, sería un grave error entretenernos en sostener proyectos sin viabilidad y crear ayudas que distorsionen la competencia entre entidades de crédito.